

SEGUNDA PARTE

EL ESTADISTA Y EL PROFETA

Bien, pues: ahora que ya todos conocen al grande hombre bajo sus múltiples fases: de poeta, político, periodista sin par, publicista, orador, proscrito, tribuno, apóstol austero y ejemplar, y también al caballero cruzado de la justicia y de la libertad, sólo falta que se le conozca como pensador gigantesco y como profeta genial.

¿Lo fué el doctor Juan Carlos Gómez?

Los hechos responderán por nosotros.

No entraré á dilucidar la parte histórica ni jurídica de su debatida tesis, sobre el origen forzado de nuestra independencia nacional.

Feliz ó desgraciada, ella es un hecho *afirmado*, respetado por todos los orientales, incluso por el doctor Juan Carlos Gómez, que más que ningún otro le rindió pleito acatamiento ⁽¹⁾.

(1) Véanse sus declaraciones en todos sus escritos y polémicas, especialmente en las que sostuvo con el doctor A. Magariños en 1879, y con el doctor Ramírez en 1872. (Colección de *El Siglo*).

A este respecto, cualquiera que fuese su partenogénesis, cabe decir con un distinguido publicista uruguayo, *que es un hecho afirmado y ratificado en medio de sus vicisitudes é infortunios durante ochenta años por un plebiscito de todos los días* (1).

¡Está bien! Pero los plebiscitos no son eternos. Cambian con el progreso y las circunstancias, pues nada hay inmóvil en el universo, ni aún el Sol que marcha en tren expreso con toda su corte de planetas hacia la constelación de Hércules.

El Derecho de Gentes no es sino la legalización de la geografía política, como ésta á su vez no es sino la expresión gráfica del mundo económico.

El cetro de la historia lo ha empuñado siempre la mano invisible y nervuda de la Economía Política. Es ésta la que hace y deshace las naciones, como decía Gómez.

Ella es la que da argumento á la ambición de conquista y traza rumbos á la espada de los conquistadores.

El interés económico es y ha sido siempre la materia inflamable de la historia.

(1) Agustín de Vedia: discurso pronunciado en el Club Oriental de Buenos Aires el 25 de Agosto de 1905, pág. 15.

La patria chica y la patria grande no han podido ni podrán sustraerse á esta ley histórica.

Por eso Juan Carlos Gómez estaba en lo cierto cuando decía que *la patria no era el terruño, como la casa no es la familia; que la patria es la asociación de los hombres de una raza, de una lengua, de una tradición, de una comunidad de ideas y de sentimientos, de una misma sociabilidad y de un mismo interés patriótico* (1).

Le faltó agregar: y de un mismo interés económico.

En esta concepción de la patria, agregaba, cuanto más grande es la asociación, más poderosa, más rica, más apta para los grandes fines de las sociedades humanas (2).

Por eso era lógico, incontestablemente lógico, cuando afirmaba que *en el Río de la Plata, el hecho y el derecho, el interés y el esplendor del Estado Oriental lo llaman á la Unión*.

(1) «La Patria Chica»: artículo publicado en *El Siglo* del mes de Septiembre de 1879.

(2) Artículo citado.

Mas esto es precisamente lo que no quiere comprender la arrogancia fidalga de los orientales, que se niegan á ver por la ventana del mundo moderno, que tiene vistas al mar, todo lo que pasa fuera de la Patria chica, á la que ven grande en sus megalomanías ópticas de independencia, feliz en su inmovilidad cadavérica, inviolable á pesar de sus retaceos territoriales de islas y fronteras, próspera con su deuda hebraica de 135:000.000, sobre una población vegetativa de 1:000.000 de seres humanos, en que sólo dos terceras partes son orientales.

XVI

De todos los pueblos de América, somos el único que, como los chinos, tiene la cabeza rapada de ideas positivas y atiende sólo al cuidado romántico de su trenza charrúa.

Bien supo la diplomacia imperial lo que hacía dándonos á beber el hatchis de la Independencia, que nos tiene embriagados

aún con el encanto de nuestros sueños heroicos de gloria, después de 80 años.

Es contra ese sueño hipnótico que se reveló el genio osiánico de Juan Carlos Gómez.

Él nunca fué anexionista, como se ha propalado, y como con ingenno candor se lo atribuye la prensa argentina ⁽¹⁾ y lo repiten en coro é inconscientemente y sin examen sus compatriotas extraviados.

Juan Carlos Gómez fué únicamente el apóstol mesiánico de la reconstrucción del Virreinato, vale decir, de la Unión de las Repúblicas del Plata, teniendo por capital á Montevideo. A esa utopía, que será la realidad de mañana, llamó *la Patria grande*, que al fin no fué otra cosa sino la consagración científica de la utopía del precursor de nuestra nacionalidad, consignada en el Congreso de 1813 y en los artículos 2.º, 7.º y 8.º y especialmente en el artículo 19 de las Instrucciones que llevaron el 13 de Abril de 1813 los delegados de la Provincia Oriental á la Asamblea Constituyente de Buenos Aires.

(1) Véanse á este respecto los diversos artículos que escribieron los diarios argentinos, con motivo de su muerte, compilados en su *Corona Pluvial*, editada por el Club del Progreso, de que era Presidente.

Nadie ha comprendido, todos han calumniado su fórmula, que es el binomio de una gran nacionalidad.

Los argentinos son anexionistas: lo fué Rivadavia, lo fué Alberdi, lo fué Rosas, lo fué Sarmiento, lo era Roca.

Sólo Mitre, satisfecho sin duda de su obra titánica de la unificación y organización argentina, no ha tenido veleidades de anexionista, ni ambición empírica de ensanchar sus dominios, siendo tal vez el único argentino que podía haber soñado con el engrandecimiento del Plata, y dar un paso más, para realizar la grande obra de su unificación.—Ha sido demasiado Nestor.

Fué prudente y parsimonioso hasta para capitalizar á Buenos Aires. Sarmiento no llegó tampoco á dar importancia al problema de la grande unidad del Plata, sino á través de su fantasía anexionista, queriendo hacer de la Isla de Martín García su Argiropolis, es decir, la ciudad del Plata, olvidando en su fantasismo que no se asienta la capital de una gran nación sobre un islote granítico de cuatro kilómetros cuadrados de superficie territorial, en que hasta la carne y las verduras tendrían que venir por mar.

Sin embargo, fué el más desprendido de los metropolitanos argentinos y el capitalizador más excéntrico y que más se alejaba de la otra orilla querandí.

He compulsado su correspondencia con Juan Carlos Gómez, que ha puesto á mi disposición su albacea ⁽¹⁾, y en ella he podido darme cuenta de la bisectriz de esta controversia singular entre argentinos y orientales. Ambos próceres, con la vista del cóndor, comprendían y amaban la unión, veían en ella el único remedio para apagar el cráter de nuestras luchas plutónicas, la campana neumática para ahogar las ambiciones del caudillaje y los egoísmos concupiscentes de los déspotas regionales.

Ambos veían en la unión la prosperidad, el engrandecimiento, la distensión hemisférica de las energías de la más rica raza del continente meridional, como que es la resultante étnica de un cosmopolitismo que sólo tiene rival en el Norte.

Pero Sarmiento no advertía toda la importancia económica que la Banda Oriental

(1) El doctor don Benigno Andrade Jardim, depositario de su correspondencia, mi condiscípulo y amigo de la infancia.

aportaba á la Asociación. Desconocía, como todos sus compatriotas, la ecuación de báscula económica de las dos nacionalidades. Perdía de vista la solidaridad material de los intereses recíprocos, balanceados por la respectiva posición geográfica de ambas Repúblicas, mancomunadas por las mismas arterias fluviales. Pagaba, como todos los buenos argentinos, su tributo al barreno de la gran masa occidental.

XVII

Juan Carlos Gómez, más intuitivo, más ecuánime, más genial en sus tristezas, veía con su misantropía oriental, de un modo más práctico y científico las cosas.

Se daba cuenta del fenómeno étnico del encariñamiento histórico por nuestra quimérica independencia; sabía que un pueblo altivo y heroico no se deja arrancar sino á pedazos la deidad que ha adorado, por un *plebiscito diario de 80 años*, siquiera sea romántico y sentimental, y comprendía que

para entrar á discutir el prenotado de las conveniencias mutuas, era menester buscar una fórmula de compensación usuraria al orgullo herido, más claro, ofrecer en cambio de la independencia, la capitalización.

Pero esta fórmula, que facilita la solución del problema por el lado oriental, para poder dar entrada á la cuestión de intereses materiales recíprocos, la complica por el lado argentino.

A no dudarlo, con su intuición genial, él veía claro que el aspecto más difícil del problema se presentaría del lado argentino, cuando se plantease la fórmula del binomio nacional, con la capital en Montevideo.

Por eso le decía al doctor Magariños en aquellas brillantes páginas escritas el año 1879: *Aquí, para entre los dos: No es en el Estado Oriental en donde surgirán las resistencias: es Buenos Aires quien ha de resistir el hecho hasta las últimas extremidades* (1).

Y tenía razón. No será al fin el Estado Oriental quien resista la fórmula de la unión

(1) Párrafo de la carta que dirigió al doctor A. Magariños Cervantes el 15 de Mayo de 1879. (Colección de *El Siglo*).

teniendo por capital á Montevideo, cuando la medite con calma y la comprenda, sino la República Argentina; digo mal: no será la República Argentina, sino Buenos Aires, la gran metrópoli de la Banda occidental.

Quizá fué esta consideración fetichista la que indujo á Sarmiento á inventar su fórmula salomónica de la Argiropolis, especie de juego sinovial para articular las rivalidades de dos pueblos hermanos; algo semejante al idilio terapéutico del doctor Rawson queriendo transportar á *Fraile Muerto* la capital argentina⁽¹⁾, cuando se discutía la federalización ó la capitalización de Buenos Aires. ¡Sueños de Homeros!

¿Podría resignarse Buenos Aires á declinar de su preeminencia de capital política de la gran cuenca del Plata, precisamente cuando su grandeza y prosperidad legitiman su rango de capital histórica?

Por buenas, es decir, por amor platónico al ideal del engrandecimiento común, no hay que esperar que lo consienta. Gómez tenía razón.

(1) Es notorio que el doctor don Guillermo Rawson prestigió esa idea, según consta en los diarios de la época.

XVIII

Los argentinos, ó, mejor dicho, los porteños, aman más que los orientales la unión; comprenden mejor que nosotros las ventajas políticas, económicas y sociales que fluyen de todo gran organismo nacional, con cuadernales en todas las zonas, pero á condición de que Buenos Aires, la gran capital del Sur, sea la metrópoli babilónica que reciba los tributos de todo ese vasto imperio.

Esa preeminencia, nunca, de buen grado, se la otorgaría la opulenta ciudad de los Virreyes á Montevideo, ciudad de los Tenientes Gobernadores, por más blasones de reconquistadora que ostente en su escudo; porque sus claros instintos bien le auguran que con su posición geográfica de atalaya avanzada sobre el Océano, Montevideo dejaría de ser pronto la *tacita de plata*, con que de vez en cuando nos arrulla la piadosa masa argentina, para convertirse en el *taxón de oro*, que le arrebataría el cetro de la supremacía marítima y comercial del

Plata; y el orgullo porteño no se resignará jamás, repito, de buen grado, por amor al arte del engrandecimiento nacional, á perder esa hegemonía económica; pues hasta tanto no llega el heroísmo en los pueblos latinos.

Por más que bien poco sufriera Buenos Aires en sus intereses materiales con esa transposición de rango, porque al fin todo quedaría en familia, desde que todos vendríamos á ser miembros de un mismo organismo nacional, bajo la polaridad de nuevas emociones de raza; por más que bien poco sufriera materialmente Buenos Aires, decía, con nuestra Talasocracia marítima, dudo mucho que se resignase á nivelar su rango con el nuestro, ni aceptase dar hospedaje en su panteón histórico á nuestros pequeños dioses.

Los intereses del localismo son sórdidos y no especulan con las ventajas generales que sólo ven en lontananza. Se preocupan únicamente de los menoscabos del momento, de los fetiches de la vanidad y el orgullo, de los perendengues de los escudos, y por más que los ejemplos de las razas del Norte son bien elocuentes para curar estas

neurosis latinas de música de viento, patentizando el progreso concomitante de Berlín con el de Hamburgo, después de la unidad alemana, el de Milán con Génova después de la unidad italiana, el de Liverpool con Mánchester y Londres, el de Chicago con el de New York, cuyos opulentos barrios se codean en la inmensa feria del progreso humano, dudo mucho que la *capitalacia* porteña se convenciese de que el progreso solidario de ambas Repúblicas, abatidas sus barreras aduaneras y mancomunados sus puertos, fuera tan enorme, que compensase las pequeñas desventajas del presente, aunque dejase intactos los fueros, distribuídas con equidad las hijuelas, y, por ende, triplicadas las riquezas comunes.

XIX

La idea de cerrar para siempre el templo de Jano en esta marcial y turbulenta región del Plata, de refundir en uno solo nuestros quince mercados con una red económica de

nervios de acero y de vasomotores perfecta, con rentas triplicadas, con una defensa común, infinitamente más económica que dos defensas—con cuatro grandes puertos oceánicos, con siete millones de almas, para comenzar la anfictionía; todo eso sería muy grande y muy hermoso en pueblos de raza sajona, que forjan una nueva estrella por año, pero nada práctico para satisfacer el vaho de los orgullos latinos, que dejan siempre perecer las colonias por los principios, que confunden el honor con la soberbia y el flato, que persiguen la sombra por la realidad, que quiebran lanzas por Dulcineas del Toboso federal y unitario, *qui portent des moustaches, mais qui ne connaissent pas la géographie moderne*, y que ven crecer el panslavismo, el pangermanismo, el panbritanismo, el yanquismo; renacer de sus cenizas, como el Fénix, la Italia y la Grecia, en contraste con la fragmentación sudamericana, que convierte á algunas de sus republiquetas en feudos medievales, en escaparates de tablas de proscripción perpetua y que sueñan con hegemónicas quiméricas sin base etnográfica ni económica, pero ni siquiera de verdad polí-

tica, creyendo todavía, como los mirmidones antiguos, que basta arañar la tierra para resolver los grandes problemas de ponderación internacional.

No habría que esperar, pues, que jamás las grandes entelequias de la Unión del Plata, con las que soñaron los varones de Plutarco de una y otra banda, lleguen á convertirse en realidad en estos tiempos de fariseísmos políticos, en que la justicia y la libertad suelen abrasarse en amores lésbicos y penetrar en las grutas de Eleusis; en que el derecho es despreciado y repudiado como moneda falsa en la Administración y en el Pretorio, realizándose también en política el teorema de Gresham; en que las decepciones invaden el alma de los pocos caballeros de verdad que han sobrevivido á las luchas románticas por la libertad; en que el culto del Becerro de oro ha nivelado todos los patriciados, y el talento y la ciencia son utilizados tan sólo para dar el *maquillage* al *epicuri de grege porcum* de Horacio, que nos deforma moralmente por babor y estribor, no habría que esperar, decía, que llegue á convertirse en realidad, si no mediaran otras razones más positivas,

más imperiosas, más contundentes, para curar los flatos del *chauvinismo* interribereño, é imponer, tarde ó temprano, por *la razón ó la fuerza*, como reza el escudo chileno, la fórmula profética de la unificación del Plata.

¿ Existen esas razones ?

¿ Las entrevió el genio del gran Apóstol ?

XX

A no dudarlo; y el mayor homenaje que puedo rendir á su genio evangélico, es, después de mi conversión de Damasco, difundir, como San Pablo, su apostolado, que aún sigue calumniado después de su crucifixión.

Él me lo repetía cien veces, sin por eso devolver el sueño á mi fiebre de pretensiones levantiscas, y mal criadas, cuando taconeaba para igualar mi estatura á la del maestro.

« La naturaleza es la que hace y deshace
« la obra de los políticos; la naturaleza, que

« nos ha separado por un brazo de mar más
« corto que el *Sinus arabicus*, es la que
« nos unirá algún día. No lo olvide. »

Yo le escuchaba con deleite, pero como buen descendiente de Zapicán, mi mollera dolicocefala se mostraba rebelde á sus antífonas.

Allá por el año 1875, había escrito un pequeño libro sobre las « INSTITUCIONES DE CRÉDITO ARGENTINO », en que había deslizado algunos conceptos sobre el Zolverein del Plata, afirmando que el Comercio y la Economía Política crearían la Liga Rioplatense, como crearon á orillas del Báltico la Liga Hanséatica (sic)⁽¹⁾.

Me parecía que era ya mucho conceder, hace treinta años, á las preocupaciones de la época, y hasta me creía, *un escucha*⁽²⁾ perdido en el entrevero de pasiones políticas que han debilitado á estas sociedades.

Juan Carlos Gómez saltaba por encima de mis repulgos antiartiguistas, ridiculizaba mis aforismos económicos, respetaba mis es-

(1) Defensa de las instituciones de crédito, por Angel Floro Costa; año 1875, pág. 137.

(2) Durante el Sitio Grande que sufrió Montevideo de 1843 hasta 1851, se llamaba *escucha* al centinela avanzado de las fuerzas de la plaza, destinadas generalmente de noche para observar al enemigo.

crúpulos maniqueos, pero me lanzaba á boca de jarro, su frase eternamente profética: LA UNIÓN.

¡Ah! El gran maestro adivinaba lo que recién he comprendido veinte años después: que toda liga aduanera, que todo Zolverein en el Plata es una quimera que sólo cedería en provecho del pueblo industrial más grande, más aguerrido y mejor organizado, y que en el protocolo seríamos siempre absorbidos y anquilosados ⁽¹⁾.

Mi imaginación en aquellos tiempos, como la de la mayoría de los mosqueteros de nuestra lírica independencia, se paseaba, como la de Sieyes, por un mapamundi san-simoniano.

Ignoraba lo que el estudio y la experiencia, castigando mi unción de levita, me ha enseñado después.

Entonces me resistía á creer que nuestros intereses económicos fueran profundamente antagónicos de los intereses económicos argentinos, y que en este roce inevitable de dos cuerpos soberanos de distinta

(1) No hace muchos días un reputado diario argentino, con motivo de un reportaje hecho á nuestro ilustre compatriota el doctor Zorrilla de San Martín, ha preconizado como una novedad esa idea.

magnitud, con riberas comunes sobre un mismo Estuario, el más débil é indefenso sería siempre el Cordero pascual de la cena internacional, á pesar de la eterna marsellesa de nuestra fraternidad, de la que son maestras de contrapunto nuestras respectivas cancillerías.

Mucho he tardado en comprender que en el traumatismo de la concurrencia universal, el Estado Oriental, *la Patria chica*, con todos los atributos de balas, caballos y toros, cerros y balanzas de su nobiliario escudo, sería el miembro amputado ó por lo menos anquilosado, cada vez que el hermano mayor se dignase encasquetarnos su gorro frigio.

A pesar de todas las sonoras estrofas de nuestro himno y dictámenes de nuestros historiadores, las leyes de policía sanitaria, la ocupación estratégica de nuestras islas, las tarifas aduaneras y consulares argentinas, el volumen de sus mercados nos dictan la ley, so pena de anemia comercial. Las mismas rivalidades que suscita la superior calidad de nuestros cereales y carnes y todos sus subproductos, se han resuelto en trabas depresivas para nuestro comercio,

obligado á encanutar sus salidas por puertos argentinos, y á permanecer atónitos ante la prohibición de que las naves de ultramar completen sus cargas en los nuestros á las barbas de nuestras legaciones.

La supresión definitiva de sus derechos de exportación, más que á nuestra renta, tiende á vulnerar nuestra competencia industrial, y mientras que nosotros seguimos congestionados en nuestras luchas intestinas de *gaiferos* y *traineros*, disputando cómo hemos de pescar nuestras truchas, los occidentales construyen á vapor y nacionalizan sus puertos, derivan hacia sus costas el comercio fluvial, y, de vez en cuando, con su culta ironía, aplaude su prensa nuestros progresos, lisonjea á nuestros bardos y rapsodas, y nos manda su escuadra y sus bizarros marinos para saludar nuestras banderas con su generosidad de gran señor.

¡Ah! ¡los débiles, los débiles! ¿Quién hizo caso en el mundo de sus arrogancias, ni cortejado en serio las musas de ninguna patria chica?

XXI

Juan Carlos Gómez comprendía bien todas estas ironías, y pensaba, con razón, que para defendernos de las consecuencias letales de este antagonismo que nos condena, *velis nolis*, á desenvolver nuestras energías en medio de conflictos internos y externos, que devoran nuestros recursos y nuestros mejores hijos, que nos exhibe en la historia, á pesar de nuestro heroísmo, como dice Virgilio, *Telum imbellis sine ictu*, con fiereza, pero sin fuerza, —siempre ultrajados, siempre explotados, corroídos por la lepra de envidias solariegas, con un nacionalismo tan desmantelado como el de la vieja Italia, que acabó por ser una *expresión geográfica*, después de haber sido señora del mundo; comprendió, decía, que no teníamos otra fuerza defensiva que las ventajas de nuestra privilegiada posición geográfica.

El ilustre prócer habiase dado cuenta quizá, antes que ningún uruguayo, de que la naturaleza nos había asignado en la ser-

vidumbre de aguas del Plata el rol de *predio dominante*, y á la Argentina, á pesar de su mole, el rol de *predio sirviente*, por el solo hecho de colocar sin venia de la metrópoli los canales hondos del Estuario á media milla de nuestras acantiladas costas, y á Montevideo á la entrada de las aguas hondas del mar.

Sabía que contra esas mercedes enriqueñas de la Naturaleza, nada han podido ni podrán las cábalas de la política, ni la ambición de los gobiernos, ni las sulfataras de las cancillerías, ni la historia, ni el orgullo, ni las vesanias de los pueblos.

El problema, pues, quedaba reducido á saber descontar bien ese capital, caso que persistiéramos en la independencia *quand-même*, ó en hacerlo valer *bien aquilatado*, caso de decidirmos por *la asociación*, para que el reparto de las utilidades no fuese usurario ni leonino.

Cuando murió el gran prócer, estas cuestiones apenas se habían planteado en forma de arreboles.

Ni él mismo podía sospechar cuánto los hechos posteriores darían razón á su genio presciente.

La conclusión de los dos grandes puertos argentinos en el Estuario y la construcción de los de Bahía Blanca y de los ríos, *el aprovechamiento fácil quia nominor leo*, de los canales orientales del Estuario, de que ni siquiera tenía noticias la técnica hidrográfica de sus oficinas el año 1884, desurtida hasta de cartas *fidedignas* del Estuario ⁽¹⁾, y la revolución comercial que debían producir estos hechos en toda la vasta cuenca del Plata, derivando el eje de las transacciones hacia sus costas, llevando á ella hasta los depósitos de carbón y el tráfico de los ríos y del Paraguay, sin que la Patria chica se hubiese preocupado, en su *sancta simplicitas* gubernativa de los pasados tiempos, de contrarrestar estas pérdidas con otra cosa que con serenatas políticas y desaciertos financieros y portuarios *de una criminalidad acentuada* ⁽²⁾ no ha-

(1) El autor de estas líneas conoce á fondo estas cuestiones y garante lo que afirma.

(2) Nadie creería la trascendencia de los errores que se han cometido y se cometen en nuestro puerto, entregado á las fauces del más imprevisor dulcanarismo. Hemos prometido al Excmo. señor Presidente un estudio sobre estos errores, apenas tengamos algunos días de descanso, y cumpliremos nuestra deuda con la patria con este último servicio. El patriotismo y probidad del ilustre magistrado que hoy rige nuestros destinos nos garante que nuestra voz no será perdida.

brian hecho sino entristecer y decepcionar aún más al apóstol, y hacerle desear que las Parcas cortasen de una vez el hilo de sus días, para no contemplar los dolores de la madre, que dudaba de la ciencia profiláctica de sus mejores hijos, los expulsaba de su seno y se entregaba con fruición macabra á las pócimas de curanderos sin rubor y sin conciencia.

XXII

Basta pasar la vista por los documentos oficiales de nuestros hermanos los occidentales, para ver la preocupación espasmódica que empezó á trabajar los espíritus, apenas sus hombres públicos empezaron á darse cuenta de la amenaza que implicaría para su desarrollo económico la sola construcción del Puerto de Montevideo, que con un fondo de 30 pies (9.14), con su amplio canal de entrada enfilada hacia el Sudeste, con su antepuerto espacioso para dar albergue á toda la navegación del Plata y del Pacífico, y un *entrepôt* con capacidad su-

ficiente para ser el depósito general obligado de toda la importación de ultramar, movilizadora por el *warrant* uruguayo, vendría á crear una situación nueva, presentándose en el porvenir como una realidad, á la vez que pavorosa, humillante para el patriotismo y la vanidad argentina.

La cosa no tenía vueltas, y por donde quiera que la técnica la contemplase, tropezaba con una mueca irónica.

Montevideo sería el puerto terminal de la navegación de gran calado, que es la única que resuelve el problema de la baratura de los fletes. Sería, pues, un puerto estrangulador.

Los puertos de Buenos Aires, en que se habían gastado tantos millones como ilusiones, quedarían reducidos, por un úkase cesáreo de la naturaleza, á puertos de cabotaje mayor, hasta que algún Polifemo rompiera los obstáculos de Punta del Indio, que detienen en sus barbas los buques que calan más de 24 pies.

El *entrepôt* de Montevideo ⁽¹⁾ vendría á

(1) Tuve el honor de ser el primer uruguayo que hace 30 años propuso esa gran idea, en una serie de artículos que se publicaron en *La*

desmontar de sus Pegasos todos los proyectos de zonas y puertos francos, que allí empiezan á navegar de puerto en puerto como los yates con su velamen de sueños, y á quienes los *paquebots* de 30 pies tan sólo saludarían de lejos.

El primero que osó descorrer el velo de esta plataforma fatídica fué el gran ingeniero americano Mr. Corthel, llamado para consultor del Gobierno, que sin pelos en la lengua, y con la ruda probidad de las gentes del Norte, aplastó un buen día con su lógica de acero á todos los filisteos hidrográficos que alimentaban los *turbulos* de la vanidad nacional. (Léanse sus folletos).

La parábola era algo así como una especie de *Mane Thesel Fares* que marchitaba de golpe la mitad de las ilusiones argentinas, á la vez que desacreditaba algo á los rapsodas de la Patria grande, cuyos cantos eran tenidos como cánones por sus candorosos congresos.

Hay que hacer justicia al profundo patriotismo del pueblo argentino.

Idea el año 1873, para combatir el puerto Tison, proyectado al Sud de nuestra bahía.

Mis ideas triunfaron felizmente con poco esfuerzo en aquel entonces, pero nadie meditó la idea del *entrepôt*, que ha quedado para mejores tiempos.

Lo que entre nosotros no habría interrumpido la digestión de nuestras opíparas remoliendas políticas, á ellos los sumergió en honda consternación.

No esperaban ese chasco del Destino, siendo hoy mismo la exclusiva preocupación de sus gobiernos, sus congresos y su prensa, por lo pronto, espantar el fantasma, y en seguida buscar medios de conjurarlo, en familia.

De ahí todos esos proyectos de cauces romanos en Punta del Indio, de estudios por primera vez serios, sobre esa sección del Estuario ⁽¹⁾, de conatos de defensa del Río de la Plata con absoluta prescindencia de nuestra minoridad linfática de ribereños inconsultos ⁽²⁾, de proyectos gubernativos para unir á Buenos Aires con los ríos por un canal costanero, como el proyectado hace doce años por el ilustre ingeniero don Emilio Mitre ⁽³⁾, y otras iniciativas no menos kalei-

(1) Practicados por el capitán de navío Sáenz Valiente.

(2) Proyecto del ilustre y malogrado senador Cané, pendiente de estudio del Senado, y acerca del cual tengo noticia se habían practicado estudios secretos reservados en aquella cancellería.

(3) Este proyecto es, á nuestro juicio, salvo los respetos que nos infunde la ciencia y el talento de su autor el señor ingeniero don Emilio Mitre—sua en la hipótesis de su practicabilidad y conservación hidráulica—una de tantas rutilantes utopías con que el patriotismo

doscópicas con las que nuestros convecinos del Plata avivan de vez en cuando sus ilusiones y mitigan sus desilusiones.

XXIII

¡Ah! si nuestros vecinos ribereños tuviesen noticia del poco caso que hacemos nos-

argentino demuestra su indómita rebeldía á pagar tributo al señorío hidrográfico de nuestras costas y canales naturales.

También hace algún tiempo el ingeniero Mercu, imbuido en el mismo sentimiento de rebeldía, ideaba la construcción de un canal por el lado argentino del Plata, aprovechando los pozos de Barca Grande y el canal de las Palmas. (Proyecto Mercu, año 1904).

Todos estos proyectos tienen la virtud de inflamar el respetable patriotismo argentino, pero á nuestro modo de ver ofrecen un aspecto poco práctico por su faz financiera.

El proyecto del señor Mitro y Vedía, que acaba de encontrar ardiente acogida en el sensorium del gabinete argentino, sólo puede ofrecer ventajas á los buques que calen más de 21 pies, que es el fondo normal del canal de Las Línetas que da entrada al canal del Infierno, que es el que utilizan hoy *á la paga* los buques que remontan los ríos.

Es difícil concebir, pues, las ventajas de menor calado encontraría para abandonar la ruta natural fácil y libre de impuestos, para ir á alimentarse con su tonelaje gravado con impuestos el canal del eminente ingeniero argentino, que tal vez no ha calculado bien esta faz financiera de su laudable concepción, cosa que tampoco parece ha tenido en cuenta el gabinete. ¡Arcadas ambol!

El único medio de hacerlo accesible á toda la navegación sería declararlo—como el Sund de Dinamarca—libre de todo peaje, en cuyo caso, el servicio del capital invertido en su costo, pesaría, como una de tantas deudas, sobre el Tesoro de la Nación.

Nada es imposible para la opulencia de aquel país.

otros los orientales de los tesoros hidráulicos de nuestro puerto, si estuvieran al tanto de los errores y desaciertos que han cometido en la última década los temerarios sátrapas que nos han gobernado, en que ni siquiera se ha hecho un estudio *probo* de las perforaciones de nuestra bahía, porque aquí, como allí, también se cuecen habas á calderadas, y como allí también se orientan canales de acceso, *con aplauso popular*, contra las corrientes y los vientos,—porque eso sí, los hijos de Agosto no somos menos intrépidos que los mismos hijos de Mayo, pues si ellos arremeten al través de las corrientes del Estuario y del puerto en ángulo agudo con rara valentía hidráulica, nosotros, *carabina á la espalda y sable en mano*, arremetemos á las del océano y no consentimos que ningún Tritón nos pise el poncho.

La culta Europa hace tiempo que está ábsorta del valor temerario de nuestros técnicos en cuestiones de mar, y del profundo acierto de nuestras mutuas empresas portuarias.

Pero aún les queda mucho por saber á nuestros vecinos ribereños de lo que pasa en esta banda de babor, como á nosotros

por saber lo que pasa en aquella otra banda de estribor del Plata—de *plata* en efectivo para toda obra portuaria *in utroque litus*.

Aún no saben que nuestro gran rompeolas de abrigo nos dejará sin antepuerto, que es lo mismo que no tener puerto, y que ya llevamos gastados \$ 4.000.000, de 51 peniques por peso, en remover el barro blando de nuestra bahía y en amontonar bloques, en una diga que se desfonda en cada pamperada, como debió desfondarse la tentativa de aquellos titanes que se propusieron escalar el cielo, amontonando Osa sobre Pelión.

Si supieran todo eso y que ninguna de esas hazañas impresiona á la opinión pública, ni quita su buen humor á esta raza de Centauros y Lapitas tan prolíferos para cosas domésticas como pródigos declarados, de sangre y vidas para sus idolatrías románticas—cierto estoy que muy pronto recuperarían la calma, y rindiendo homenaje á nuestro patriotismo y sentido práctico, se les pasaría el sofocón de nuestro puerto y de sus amarras.

¡Si Gómez viviera!

¡Quiera el cielo que no lo despierte esta

apoteosis, para que no se entere de los riesgos que corre el patrimonio nacional en que él cifraba tantas esperanzas!

XXIV

Pero, al fin, los errores se enmenderán, nuestros hombres públicos sacudirán algún día su letargo. El patriotismo y la ciencia prevalecerán al fin y ocuparán su puesto en los consejos de estado, y el puerto se hará como lo prescribe la ciencia y lo exige el patriotismo, so pena del suicidio de nuestra nacionalidad.

Hay, pues, que especular sobre la verdad y tener confianza en el patriotismo y sabiduría del magistrado recto que actualmente gobierna el país, y creer que los orientales no somos una agrupación de casquivanos, traidores y escépticos, que echan la casa por la ventana para que no se constipe la ignorancia nacional de la patria chica.

Y entonces, cuando el sueño de Gómez,

que es el de la mayoría de los ilustrados patriotas de esta banda, sea una realidad esplendente; cuando blancos y colorados vayamos á lavar nuestras divisas en las aguas saladas de nuestro gran puerto, cuando los mástiles del *Entrepôt* dominen los de los leviatanes de 30 pies con turbinas que estén vaciando en él sus bodegas, como en Cherburgo, en Marsella ó en Hamburgo; cuando en nuestro amplio antepuerto haya ancladas 100 unidades de ultramar, ¿qué hará, que dirá nuestra hermana uterina del Plata?

¿Se dejará arrebatarse su hegemonía económica y el cetro de su supremacía marítima? ¿Nos atacará con derechos diferenciales, como la Confederación lo hizo con Buenos Aires? ¿Presenciará sin envidia las bodas del Príncipe Aladino con la humilde Cenicienta del Plata?

Juan Carlos Gómez no lo creía, y eso que él no alcanzó á ver las complicaciones y peligros que hoy vemos sus discípulos, recordando al maestro. Él presentía graves conflictos en el porvenir, choques inevitables.

Nuestras rivalidades portuarias eran, á

sus ojos intuitivos, problemas de vida ó muerte para los pueblos del Plata.

La política sólo llevaría el apunte falso en estos arriesgados *sports*.

El orgullo argentino lastimado, no será jamás un vecino pacífico, á menos que el Estado Oriental no se resigne á enajenar su primogenitura oceánica por un plato de lentejas.

En la Epifanía de nuestros destinos, ¿veía á Montevideo como el antemural de una causalidad final en el Plata, á la que el determinismo de leyes naturales, más fuertes que los nudos de la política, asignaban, para la salvación de todos, y engrandecimiento de nuestra raza, un rango continental prominente, que haría de ella el Bósforo del Plata, y de su bahía esplendorosa, el Cuerno de oro de la Constantinopla del Sur.

Y por eso quería hacer de Montevideo el contrafuerte de la Unión, el atalaya fortificado sobre el océano de los grandes Estados Unidos del Sur, todo lo que una imaginación dantesca como la suya podía concebir para idealizar la visión del pamplatismo en el porvenir, que, digan lo que

quieran sus *tapageurs* de otros tiempos, fué la sublime pragmática de Artigas en las Instrucciones que dió á nuestros representantes el 13 de Abril de 1813, para constituir la Gran Confederación del Plata —como también el voto épico de los Treinta y Tres orientales, quienes al atravesar el río, venían soñando, como Artigas con una Patria grande, proclamándonos Lavalleja ARGENTINOS ORIENTALES ⁽¹⁾ apenas pisó nuestro territorio, y no con una *Patria* chica, como pretenden los sicofantes de nuestro Peloponeso, para que la fuesen *achicando* todavía más los plebiscitos de nuestra eterna montonera, que hace *ochenta años la desgarran*.

XXV

Hasta para regularizar la falsa posición de los hijos de los emigrados que han for-

(1) Proclama de Lavalleja, lanzada el 24 de Abril, al abrir operaciones en campaña. *Boquete Histórico de la República Oriental del Uruguay*, por Francisco Berro, pág. 630.

mado hogar en una y otra banda, y que ya son legión en cada patria, es necesaria, es grande, es política, la idea de la unificación del Plata.

A los argentinos les dimos nosotros, en horas de tribulación y de sacrificio, albergue fraternal, y las madres sabinas de esos hijos esclarecidos, que han sido allí los continuadores de sus frondas por el derecho y la libertad, y los argentinos nos dieron á nosotros hogar, afectos, fortuna ⁽¹⁾, y también hijos queridos, á quienes hemos obligado á sístoles y diástoles compensatorias para que no se partan el corazón en dos pedazos.

Juan Carlos Gómez, que conocía bien á los dos pueblos platinos, quiso levantar la hostia de la razón contra estos absurdos engendrados por las baraterías políticas del caudillaje, quiso unirnos en una grande eucaristía; y Dios me perdone, si es que yo no lo he soñado, creo que hasta pensó en unir las franjas de nuestra bandera común,

(1) Me refiero al noble pueblo argentino, cuya hospitalidad y cultura es proverbial, no á sus gobiernos, que en cuanto á rectitud y justicia para las empresas orientales, dejan bastante que desear. Creo que lo que afirmo es del dominio público.—Resuelto por la herida.

colocando en ella la constelación binaria de nuestros dos soles, pues al revés de la Europa, en cuyos escudos todo son águilas, leopardos, unicornios y leones, para apuntalar coronas, vacilantes, en América, donde no tenemos que apuntalar más que el espacio, todo son estrellas y soles.

Buenos Aires, la sultana de los mares del Sur, que es al fin de fiestas la única que sentiría algo humillado su orgullo con estas entelequias, es bastante inteligente, bastante altruista y generosa, para darse cuenta de la conveniencia de prevenir choques inevitables en el futuro, que paralizarían nuestro mutuo desarrollo.

Y confío en Dios que sabrá evitarlos, poniéndose á la altura del movimiento moderno de unificación de las grandes nacionalidades, hoy más que nunca, que los imperia- lismos y bulimias coloniales nos amenazan en nuestro crecimiento económico continental.

XXVI

Nadie se imagina, á este respecto, todo lo que á pesar de su vaho de prosperidad hay de elástico, de clarovidente, de espíritu práctico, en aquel gran pueblo de Mayo, al que no hay que hacer responsable de los errores y agravios que nos han inferido sus cancillerías, ni aun mismo los flatos de las Argamasillas oficiales que allí actúan de banda lisa en su columna en marcha.

Buenos Aires ha sido, y será hoy más que nunca, con su millón de habitantes, el pueblo ideal de la América latina, el centro más poderoso de atracción intelectual sud-americano.

Va en camino de ser, como la Roma antigua, el refugio de todas las religiones políticas.—*Dignus Roma locus ut deis omnes eant.*

Basta abrir sus grandes diarios para darse cuenta de aquel foco incandescente, sean cuales sean las máculas, que en vano oculta su inmensa cromosfera de progreso material.

Allí está la usina de ensayos que actúa con su colosal bomba aspirante sobre Europa y medio continente, para acumular elementos con que formar una nueva raza.

Los argentinos, menos apasionados y agresivos que nosotros los orientales, saben hacer con los hombres, lo que con sus ganados: saben seleccionarlos.

No tienen dos biología como los orientales.

Comprenden la necesidad de mejorar la raza, no sólo por selección natural y social, sino por gemación inmigratoria: por eso son hospitalitarios; gentes de sentido práctico, tolerantes, cultos, insinuantes y casi siempre justicieros con los extranjeros útiles, y han hecho del fomento de la inmigración y de sus leyes agrarias verdaderos lemas de gobierno, que han acabado por educar las costumbres; y aunque la justicia suele ser tan mitológica como la de casi todos los pueblos latinos, que aún no tienen formado su concepto científico, saben atraer y fascinar.

Tienen el don de gentes para poblar la estancia humana y enriquecerse con sus procreos.

Tienen el arte de la asimilación inteligente para monopolizar poco á poco todo lo que descuella en medio continente y va á caer en sus valles, donde ya hay arraigados más de 60.000 orientales, troncos de millares de familias, y productos liquidados de los espasmos pindáricos de la patria chica.

Sus teatros son ya un *réclame* mundial, y á todo ser útil é inteligente que llega á pisar aquel París americano, le sucede lo que á Ulises en el país de los lotófagos: se olvida pronto de su Itaca.

Son pocos los que, como Juan Carlos Gómez, resistieron el canto de sus sirenas y no rindió el pabellón nativo ante la magia de esa Circe.

Por decirlo todo de una vez — aunque esto disguste á los lestrigones de mi tierra querida, pero nada feliz, *porque no quiere serlo* — los argentinos, sobre todo los porteños de Buenos Aires, tienen, como los atenienses, el culto de la intelectualidad, la pasión innata del asteísmo y las formas: por eso, sin miramientos arcifinios miraron como suyos á Gómez, á Lamas, á Acevedo, á Paunero, á Rivas, á Arredondo, á los Varela, los López, los Cané, los Arias, los Ri-

vadavia, los Madero, los Salas, los Fin, los Garaño, los Mitre y Vedia, los Andrade, los Martínez (abuelos, hijos y nietos), los Rodríguez Larreta, los Ricaldoni, los Ingegneros, y mil otros más, muchos de los cuales acabaron por encontrarse en gloria con su título de *cives romanus*.

¡Cuán distinta ha sido nuestra hospitalidad y nuestro criterio del engrandecimiento de la patria!

El drenaje de hombres y familias es nuestro fuerte desde los tiempos del Hervidero.

¡De atrás, más bizarro!

El cernidor de la difamación y el alambique de la envidia que lo agosta todo, va haciendo un erial de un país encantador, de bellezas clásicas y esculturales, y de inteligencias creadoras y vivaces.

Hasta educar con la crítica y la sátira se mira como una sedición.

Juan Carlos Gómez, que tuvo la noble intrepidez de arrostrar la impopularidad y el anatema por querer curar estos males endémicos esfumando la patria chica en una patria más grande, en un logaritmo étnico, tenía mil veces razón.

Él fué el zahorí de nuestros destinos.

Sólo las patrias grandes ofrecen seguridad y compensaciones para todos, menos para el caudillaje y los voltígeros de la política.

Son la condición, *sine qua non*, para toda prosperidad material, comercial é industrial, para la solución de todo problema financiero, para economizar los recursos que devoran las patrias chicas en la defensa nacional y en afianzar su estabilidad.

Mercado chico es feria de ambiciones, de rivalidades y envidias. Es paraíso de egoísmos y de bajezas, es ruina para toda noble ambición, para las artes y las letras.

Es invernáculo de ideales marchitos.

Mercado grande es riqueza, prosperidad é independencia personal, es bienestar fácil y crédito, es opulencia y brillo social. Barco grande, ande ó no ande.

Algún día el comercio, los hacendados, la industria, los mismos profesionales liberales de ambas orillas serán tal vez los mejores aliados de la profecía de Juan Carlos Gómez, y la juventud en masa, libre de las preocupaciones de sus padres, pida á gritos la Unión del Plata bajo su bandera de dos soles.

Nadie palpó más estas verdades que Buenos Aires, separado de la Confederación y trucidado por los derechos diferenciales, que fueron primero el conflicto, luego el choque y por fin la guerra que terminó en Pavón.

Sólo los países grandes tienen capitales y recursos para mover las poleas del progreso.

Sólo en las grandes naciones las ideas son dinamos.

Haber visto y pugnado por todo eso, cuarenta años antes que sus compatriotas, fué su obra genial y el preludio de su crucifixión.

Tenía necesariamente que levantar tempestades de odios en su época para ser glorificado por la posteridad,—justa siempre para todos los mártires y redentores.

XXVII

Y es su fórmula la que algún día triunfará y se realizará, á despecho de todas las

pragmáticas del regionalismo, porque el dogma de la Unión del Plata, es lo único que podrá extinguir todas nuestras guerras de bandería, purificar el sufragio, poblando las mentes orientales y argentinas de grandes ideales.

Sus consecuencias materiales serían inmensas, y dejarían atónitas á ambas Américas.

Nuestros recíprocos presupuestos quedarían descargados de gastos supernumerarios, democratizada nuestra legislación agraria, extinguidos los latifundios improductivos, unificada la legislación civil y penal y más que todo la procesal, que es la hogaza que alimenta el farisaísmo adiposo de la justicia, y, por último, la unidad de nuestra legislación aduanera alijaría la nave fiscal del peso enorme de nuestro almojarifazgo colonial.

¿Églogas? ¿Idilios?...

No, realidades yanquis, japonesas, que algún día se impondrán con lágrimas en los ojos haciéndonos deplorar el tiempo perdido en desasnarnos.

XXVIII

Por lo demás, Buenos Aires, nada, sino humos de mayorazgo, perdería con la Unión.

Ella siempre sería la capital histórica del Virreinato, la metrópoli suntuaria que recibiría nuestras ofrendas la mitad del año, como nosotros las recibiríamos la otra mitad, de nuestros hermanos los argentinos.

Dar la espalda con orgulloso desdén á estas soluciones de cordura, con argumentos de rentistas ó *épiciers*, es exponerse á consecuencias funestas y expiatorias, desde que sin la Unión Rioplatina, de la que es llave Montevideo, el antagonismo económico, en día no remoto, de agravio en agravio, de injusticia en injusticia, de sofisma en sofisma, nos conducirá indefectiblemente á la guerra.

Verdad es que tenemos un tratado platónico de arbitraje que nos escuda, pero bien sabemos los hombres de experiencia el valor de estas monsergas, cuando no las vigoriza una política nacional consciente, fuer-

te y previsora; cosa difícil en las naciones pequeñas, angustiadas por los egoísmos de la vida material.

De bien poco nos valdría ese broquel, si no fuera que la Providencia ha colocado al frente del Mundo Americano una gran nación, ecuaníme, fuerte, rica, tutora de las nacionalidades débiles, arca de la civilización y del progreso mundial, que nos profesa marcada predilección, que ya más de una vez nos ha ofrecido su desinteresada protección; que tiene, como Argos, sus cien ojos puestos en estos pueblos del Plata; que en toda cuestión económica ó portuaria, *hasta por conveniencia propia*, nos tendería su mano, y que podría ser para nosotros la base sólida de una nueva política nacional é internacional. ¿Lo entiendes, Fabio?

Los argentinos, más que nosotros los orientales, deben meditar mucho estas cosas y no jugar con fuego, para no tentar á este Breno á que coloque su espada entre nuestros destinos.

Sólo la justicia mutua, la antigua hidalguía caballeresca de nuestro viejo patriacado, tan arruinado hoy en una y otra banda, por los asaltos de un mercantilismo fenicio,

es lo que volverá á acercarnos y á confundir nuestros ideales, bien descalabrados por el momento.

Menos logomaquias, menos farisaísmos, más consideración recíproca, más justicia internacional y más cálculo científico, para discutir fríamente nuestras conveniencias mutuas: he alú el coeficiente y el exponente de la Unión, en la que el Estado Oriental, como nación independiente y libre, en el pleno ejercicio de su soberanía, y dueña de sus destinos, podría entrar á la asociación, no como pariente pobre, ni de prestado, *ni por medio de anexiones humillantes*, sino como socio rico y capitalista, con el capital bien sancado de su posición geográfica, de su rico territorio y de sus tres puertos oceánicos ⁽¹⁾, que es tanto ó más valioso que el gran capital territorial de nuestra hermana occidental.

(1) Estos tres grandes puertos son: el de Montevideo, el de Maldonado y el de la Coronilla, llamado Atlántida por la ley de su erección, el cual tiene 40 pies de fondo, y por su admirable posición geográfica, como lo ha demostrado el autor de este trabajo, es la llave del comercio á la traza del Sur del Brasil y será el gran puerto de nuestra exportación de carnes vivas al Brasil. (« Puertos y Ferrocarriles » : conferencia dada en el Ateneo de Montevideo por Angel Floro Costa, año 1902).

El artículo 159 de nuestra Constitución prevé el caso, y da la forma, para acallar el orfeón de nuestros salmistas.

Sólo se precisaría, para realizar este postulado *en tiempo y forma*, un hecho ocasional, un gran congreso científico y un grande hombre en el Poder en una ú otra banda, un Rivadavia ó un Gómez.

Dejemos al tiempo la última palabra en estas cosas, que el Trópico nos mira.

XXIX

Entretanto, que esta apoteosis que le consagra la patria justiciera y reconocida á su genio y sus virtudes, consuele en algo los manes de aquel varón ilustre, que sintetizó su vida de ideales y sacrificios, con estas estrofas dignas de Lamartine:

.....
En homs de esperanza para la patria mía,
Quise entonar un canto de amor y juventud,
Pero cayó la noche, y en esa noche fría
Dormí sobre las tumbas llorando en mi hall.

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristezas;
De la mañana el hincano no vine á preñadir.
Nacido en la herrasen, no he visto más beliza
Que la enlatada nube y el irritado mar (1).

Alguien ha preguntado: ¿qué hizo Gómez de su musa tan tierna y melancólica y á veces tan elegíaca?

Él podría responder, parodiando á Lamartine:

J'ai couronné son front d'étoiles immortelles,
J'ai parfumé mon cœur pour lui faire un séjour
Et je n'ai rien lâché s'abriter sous ses ailes
Que la patrie et que l'amour.

ANGEL FLORO COSTA.

(1) LA ESTAL...